

// Entrevistas //

Un tiempo compartido con Juan José Manauta

Alfonsina Kohan¹

Recepción: 2 de marzo de 2023 // Aprobación: 2 de mayo de 2023

Juan José Manauta (Gualeguay, 1919- CABA, 2013), escritor, ensayista, y profesor de Letras, dedicó su vida a la escritura literaria y al periodismo. En esta oportunidad compartimos un extracto de las primeras entrevistas que mantuvimos con el narrador entrerriano.

Juan José Manauta me recibe en su casa de Colegiales, Buenos Aires, a las 10 del día 8 de septiembre de 2008.

Abre la puerta su esposa Lucía, la escolta su viejo perro Camilo (en honor al hijo del Che Guevara), me acompañan hasta el estudio donde él me espera detrás de un escritorio de madera, fumando y con una copa de vino blanco en su mano. A sus espaldas, el mapa de Entre Ríos. Saluda sonriente y dice:

Entrevistado Juan José Manauta (JJM): Voy a esconder la copa porque es medio...

Entrevistador (E): No, está bien, tiene que estar.

(E): Le voy a hacer algunas preguntas personales, otras relacionadas con su obra, algunas con su ideología, con su formación... ¿puede ser?

(JJM): Claro. Sí, las que usted quiera.

(E): Dígame, ¿Por qué Chacho?

(JJM): Parece que mi padre, que era español, cuando nació “es un muchacho” dijo, palabra que no es española, más bien argentina. Bueno, y entonces, a este muchacho le sacaron el “mu” y quedó Chacho. Por eso, parece que fue mi padre el que me...el culpable sí. Cuando alguien me dice Chacho yo ya sé que es de Gualeguay, porque soy un tipo muy favorecido por los sobrenombres, pero acá en Buenos Aires me conocen por “el negro”. A Abelardo Castillo por

¹ Profesora en Lengua y Literatura-UADER, Magister en Teoría y Metodología de la Investigación Literaria-UNR, Doctora en Letras- UNC. Adjunta a cargo de Literatura Argentina II e Introducción a los Estudios Literarios, Codirectora de la Maestría en Literatura y Política y del Proyecto de Investigación Cartografía de la Literatura Entrerriana- FHAyCS. Directora de Editorial UADER. E-mail: kohanalfonsina@gmail.com

ejemplo, una amiga mía le hablaba del Chacho Manauta, “¿Qué Chacho? ¡¿Al negro Manauta te referís vos, ese?!” Bueno, en Buenos Aires me dicen el negro a mí, yo soy conocido como el negro Manauta, no sé si sabías eso. Lo de Chacho quedó en Gualeguay, quedó adherido ahí, ese fue el origen, eso fue lo que me contaron, porque yo no me acuerdo.

(E): ¿Cómo fue su infancia?

(JJM): Fue una infancia feliz. Yo fui el primer hijo de un matrimonio joven que tuvo después cinco hijos más, somos seis hermanos, pero yo era el mimado. Me mimaban en mi casa por ser el primogénito, mis abuelos me mimaban porque yo fui el primer nieto, porque mi mamá fue la primera que se casó de mis tíos, y yo fui el primer nieto así que imagínese. Frente a mi casa, donde nací en Gualeguay, había un matrimonio, el señor tenía un taller mecánico y la señora era ama de casa, y no tenían hijos, querían tenerlos y no pudieron nunca, entonces me tomaban a mí como sustituto del hijo que no tenían, o sea que me mimaban... incluso me disputaban con mi mamá, porque mi mamá, claro, no es que yo perdiera con los cinco hermanos que vinieron, pero en sí mi mamá necesariamente –además era maestra, nunca dejó de trabajar– repartía su atención con los otros cinco y esta señora se aprovechaba de eso para traerme a su casa y mimarme ella.

(E): ¿Cómo se llamaba esta señora?

(JJM): Elvira.

(E): Elvira. Pero usted además de Elvira y doña Pancha, su mamá, dice haber tenido algo así como tres madres, en “Pequeña memoria” y en “Ana, la Turca” ¿no? ¿Y la tercera?

(JJM): Era una prostituta... que había sido alumna en la escuela donde mi mamá era directora. Ana, sí.

(E): ¿Y por qué la consideró como una madre?

(JJM): Porque en alguna medida lo fue. Yo era un... Ella me inició sexualmente, era mayor que yo, por lo menos 10 años. Cuando yo estaría aprendiendo a caminar, ella ya había terminado la escuela, y quedó huérfana y sin medios, sin fortuna. Era hija de un carrero, de esos carros de dos ruedas, de ruedas grandes, ¿vio? Esos carros que transportaban muebles, cosas pesadas. Muerto el padre, ella quedó sola, huérfana. Y bueno, de ahí... está como se cuenta en el cuento, usted lo recuerda.

(E): Pero en el cuento usted dice que le decían “la Turca”, pero no era turca.

(JJM): No, porque el que la llevó, la subió con su mercadería, era un turco, Aviv, que no sé si se llamaba Aviv, yo le puse Aviv para... yo cambié los nombres, lógico.

(E): Por supuesto.

(JJM): Bueno, la llevó, la prostituyó y se hizo rico, y Ana quedó ahí en esa casa.

(E): En ese cuento, Miguel, el hijo de la maestra de la escuela fue a verla una vez a Ana, la Turca, y ella no quiso recibirlo, pero luego sí ¿Por qué no lo recibió la primera vez?

(JJM): Porque ella dijo “¿Vos sos el hijo de Fulana?”, me dijo que no por respeto a mi madre. Pero después cuando oyó que se burlaban de mí porque ella no me había aceptado, entonces... Está explicado bien en el cuento creo ¿no?

(E): Está explicado.

(JJM): Nadie podrá decir que no soy un hombre.

(E): Durante su infancia ¿vivieron en la escuela que dirigía su madre: doña Pancha?, ¿allí hizo muchos amigos?

(JJM): Sí. Todos, todos los chicos y las chicas, porque era enseñanza mixta... La escuela era Infantil Suburbana, en Entre Ríos había esa categoría, escuelas en las que había primero, primero inferior, primero superior, segundo inferior, segundo superior y nada más, esos eran los grados. Y estaba en el suburbio, Infantil Suburbana, o sea que Odiseo, el de *Las tierras blancas*, era uno de los chicos esos que iban a la escuela. De ahí... yo tenía miles, decenas de amigos, porque todos eran mis amigos, era el hijo de la directora por otra parte, con ciertos privilegios.

(E): Una directora que tenía que ir a buscar a los alumnos muchas veces...

(JJM): Tenía que ir a buscarlos... porque la ley 1.420 en Entre Ríos se aplicaba a rajatabla: gratuita, laica y obligatoria. Entonces mi mamá iba en busca de los alumnos, porque no todos venían voluntariamente. Les decía: – “Usted tiene obligación. A ver ¿cuántos chicos hay acá en edad escolar? ¿Vos qué edad tenés? Bueno, todos estos chicos tienen que ir a la escuela.” – “Sí pero no tienen zapatillas.” – “No importa.” – “No tienen guardapolvos.” – “La escuela proveerá.” Entonces mi mamá organizaba rifas, fiestas, bailes, qué sé yo... hasta una vez rifó un automóvil.

(E): ¡Qué bárbaro para aquella época!

(JJM): Este matrimonio, que tenían un taller mecánico, a la vez eran concesionarios de una marca de automóviles, entonces mi mamá negoció con ellos: “Bueno, quiero rifar un automóvil de los tuyos”. Era un compromiso terrible.

(E): Y lo consiguió.

(JJM): Y sí, vendió las rifas, qué sé yo lo que hizo. Era una mujer bravía. Sí, culta y bravía.

(E): ¿Como maestra o como madre?

(JJM): Como todo. Y además, amante de... se lo pasaba recitando versos, recitaba versos así de entrecasa (se ríe), caminaba y recitaba versos, el poema de Rubén Darío se lo sabía de memoria todo. Era brava, sí.

(E): Si tuviera que elegir un sentimiento, uno sólo, para describir lo que sintió, siente por su madre.

(JJM): No hay otra palabra que amor, creo que no hay otra que la pueda sustituir.

(E): ¿Y su padre?

(JJM): Bueno, era ese, el resp... Él no era muy cariñoso, era severo y a la vez perdonador ¿no? No recuerdo que me haya pegado nunca, nunca. Mi mamá por ahí sí algún cachetazo así suave, pero mi viejo no, jamás. Respeto.

(E): ¿Por qué estudió la carrera de Letras?

(JJM): Yo tenía 15 años, tenía un tío, uno de mis tíos, un hermano de mi mamá que era anarquista y un día, estaba en la casa de mis abuelos, y le oigo decir a este tío, anarquista activo –había sido amigo de di Giovanni, había estado en cosas medio sospechosas, porque los anarquistas decían acá que la propiedad es un robo, pero ellos expropiaban, al robar expropiaban (se ríe), hasta que lo fusilaron a di Giovanni-. Bueno, este tío, pronunció por ahí la palabra “Máximo Gorki”, no sé cómo, y yo la escuché: – “Máximo Gorki”, y yo le dije: – “¿Y quién es Máximo Gorki?” Y – “Era un escritor” dice, así y así. Y yo ese mismo día corrí a la biblioteca de Gualeguay, es una buena biblioteca, lo es todavía, ahora no sé cómo será pero... Y yo le digo al Director, que a la sazón era el padre de Alfredo Veiravé, Veiravé que no sé cómo se llamaba, pero era el padre de Alfredo, que ahora vive en el Chaco. Y me trajo *La madre*. Yo me devoré el libro. Lo leí varias veces y me dije: “yo quiero escribir como este tipo, yo quiero ser como él”.

(E): Pero nunca ejerció como profesor.

(JJM): No. Primero porque en ese tiempo no había estatuto del docente. Yo era un militante comunista, notorio, y había que... para obtener una cátedra, había que ir a ver un Diputado, o a un... sí, conservador. Y yo eso no lo quise hacer nunca, nunca... y no es que... bueno, hice otras cosas, pero no la enseñanza.

(E): ¿Alguna vez lo lamentó?

(JJM): A veces lo lamento, sí. Y ahora por ejemplo tengo un alumno, un muchacho que quiere aprender a escribir. Escribe bien pero él quiere... y entonces, yo no sé qué le puedo enseñar pero... es mi alumno. Y algo hacemos, no sé si le enseño o él me enseña a mí.

(E): O es mutuo.

(JJM): Y sí, porque uno aprende de los alumnos, seguro. En mis prácticas de la enseñanza, tanto para la carrera de maestro como para la carrera de profesor, en La Plata, hacíamos la materia que se llamaba Práctica de la Enseñanza y ahí yo era un buen practicante.

(E): Usted trabajó en muchas cosas, si tuviera que definir una profesión que lo calificara ¿cuál sería?

(JJM): Sería la de escritor. Sí, sin ninguna duda.

(E): ¿Y si no hubiera sido escritor?

(JJM): Es lo único que quise hacer, que quise ser.

(E): Y si no hubiera sido escritor ¿qué hubiese podido ser?

(JJM): No lo sé, escritor, o hubiera intentado serlo sí.

(E): Gracias a Dios.

(JJM): Se... bue. Bueno, usted puede ser creyente si quiere. ¿Le molesta que fume?

(E): No, para nada. No me molesta nada.

(JJM): ¿Usted no quiere fumar?

(E): No, dejé ya hace tiempo.

(JJM): Ah, bueno, la felicito. Te felicito. Voy a empezar a tutearte porque ya... tengo edad suficiente.

(E): Dígame Chacho, dije “Gracias a Dios”, era algo que quería preguntarle. ¿Usted...?

(JJM): Sí, hacéme la pregunta que quieras.

(E): Usted no cree en Dios.

(JJM): No, soy un ateo ateísimo, no creo en Dios, no puedo creer... porque no puedo creer que nadie haya sido... dé órdenes desde arriba. El mundo se ha hecho solo, se ha conformado, hay leyes de la naturaleza... El Big Bang, todo... en eso sí creo.

(E): Pero a pesar de no creer en Dios, usted es un gran creyente de los hombres.

(JJM): Ah, sí, sí, y a veces me han defraudado. A veces he creído en hombres o mujeres que no lo han merecido, sin embargo he creído. Pero me siento... me han defraudado así es, pero yo sigo creyendo en los hombres, sí.

(E): ¿Piensa en la muerte?

(JJM): Sí, pero pienso en la muerte de esta forma. Creo que los seres vivos le hemos temido a la muerte –y algunos le siguen temiendo–, yo ya no le temo, porque piensan que la muerte es una especie de nostalgia de la vida, que desde muerto vamos a pensar “¡Ah, qué linda era la vida! ¡Cómo amaba la primavera!” En fin, todo lo de la comida, todo lo que se hace de... Y no es así... venimos de una muerte previa y vamos a otra muerte, y las dos son muerte. Pero ¿dónde estaba yo el 25 de mayo de 1810, me quiere decir usted? ¿Dónde estaba... bueno, hace menos tiempo? Esa es la muerte, el no ser. Y vamos hacia otra, que es igual a la anterior.

(E): ¿Y usted le tiene miedo?

(JJM): No. Porque sé que no voy a tener nostalgias de este cachito de vida que... sé que no voy a ser.

(E): ¿Y a que se muera la gente que ama? ¿A eso tampoco le tiene...?

(JJM): Eso sí, eso sí lo lamento, sí, sé que no van al cielo, sé que van hacia la nada y sí lo lamento por la desaparición... por ahí siento nostalgia de amigos que perdí ¿no? Y he perdido muchos. Es uno de los inconvenientes de envejecer como yo, de casi llegar a los 90, porque amigos de la infancia no me quedan ya, ni de la juventud.

(E): ¿Y de la vida qué piensa?

(JJM): De la vida pienso que es esto que tengo, esto que soy, nada más. Y un poco también de lo que hice, de lo bueno que hice, o de lo regular, de lo malo no me quiero acordar pero... estoy contento de haber sido escritor, y de no haber sido otra cosa, aunque no tengo desprecio por ningún oficio. Para mí todos los oficios, todos los trabajos, son respetables y hasta te diría sagrados, pero estoy contento de haber ejercido el único oficio que he querido ejercer. Aunque tuve que hacer otras cosas para sobrevivir, porque de escritor nadie vive en este país, salvo no sé... pero no creo, Borges tenía que tener dos jubilaciones el pobrecito.

(E): Ni siquiera Borges.

(JJM): Él fue el más grande de todos. Siento una gran admiración por Borges el escritor, no por Borges el ideólogo, pero qué me importa. Una vez estuvimos juntos en Gualeguay, porque él era muy amigo de Mastronardi y en un momento dado se cumple un aniversario de la muerte de Carlos –a Carlos sí lo conocí, fui su amigo y me traté con él pese a la diferencia de edad-. Yo le estoy agradecido a la memoria de Carlos porque él me admitió como amigo o como, qué sé yo, como compañero de traspasos en algún café de Avenida de Mayo y... cuando se cumplió un aniversario de la muerte de Mastronardi fue Borges a Gualeguay a hablar en el homenaje. Y a mí... yo era miembro de la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Escritores, entonces la SADE me designó a mí para que hablara en el homenaje a Mastronardi. Y ahí habló Borges y... primero yo y finalmente Borges, así que ahí lo conocí, tuve ocasión de estar con él sí. Pero más allá de todo eso, mi respeto y mi admiración por la obra de él.

(E): Hablando de escritores ¿y Juanele?

(JJM): Fue otro, claro. Fue una especie de padre mío segundo.

(E): Él convenció a sus padres para que lo dejaran ir a estudiar.

(JJM): Él influyó a mis padres para que me permitieran estudiar Humanidades. Bah, la facultad se llamaba de Humanidades y Letras ¿no? Porque mis viejos decían: – “¿Qué es esto de Humanidades?”, sobre todo papá. Mamá, bueno sí, en fin. – ¿Qué va a hacer este chico

estudiando Humanidades? ¿De qué va a vivir?” (Risas). Esa era la aflicción natural de mi padre ¿no? Pero admitió eso. Creo que Juanele con su modo suavecito, casi dulce, los habrá convencido. Y dijeron: – “Bueno, sea lo que quiera”, “lo que Dios quiera” han dicho.

(E): Y cuando usted estaba estudiando en La Plata, Alberti le dijo, más o menos por 1940, que se había encontrado con un escritor en Gualeguay...

(JJM): “...con el más grande poeta de la lengua castellana del siglo XX” de lo que había transcurrido del siglo XX. Ahí yo me quedé duro. Y dije: – “¿Quién? Pero ¿cómo? Yo soy de Gualeguay.” – “Pues, Juan L. Ortiz”, me respondió. En Gualeguay lo tenían como loco, como... sí, pobrecito el nene. Pero mi papá vendía los libros de él. Los tenía en el mostrador ahí.

(E): O sea que esa frase común y trillada, que menta que nadie es profeta en su tierra...

(JJM): Juanele tampoco lo era pero lo era con algunas personas. Mi padre era uno de los pocos habitantes de Gualeguay que no creía que fuera un loco Ortiz. Tampoco entendía mucho de poesía papá pero él, supongo que él intuía que este hombre valía, y vendía sus libros, vendía poquísimo ¿no?

(E): Pero por lo menos lo intentó.

(JJM): (Se ríe) Ahí está el almacén (señala un cuadro con una foto), no sé, no están los libros pero... en un costado del mostrador él tenía siempre una pila de libros de Juanele.

(E): Y... Verbitsky.

(JJM): Ah, Bernardo, sí. Bueno, yo cuento esa anécdota no sé dónde. Bernardo Verbitsky, cuando yo publiqué mi primera novela, *Los aventados*, la criticó muy duramente, muy duramente pero con respeto. Hizo una crítica... me dio por las patas (risas). Entonces yo... me dolió mucho porque yo lo admiraba a él como escritor, y dije al final: “pero tiene razón, todo lo que dice es cierto, es una novela esquemática, me he dejado llevar por la anécdota, no he cuidado la forma...”, y lo fui a ver, lo fui a ver, y le dije esto que le estoy diciendo a usted: – “Me dolió mucho su crítica don Bernardo pero comprendo que usted tenía razón”. Entonces me puse a escribir *Las Tierras Blancas* y tal como digo, cuando apretaba una tecla pensaba: – “¿Qué dirá don Bernardo de esto que estoy haciendo?”. Sí, sentía como que me regía él, me dirigía él. Me decía: – “No, eso no, vamos a pensar un poco” y yo le obedecía: “bueno, vamos a pensar a ver qué palabra pongo”... cuidé eso. Me hizo un bien esa crítica severa de él. Después no sé lo que he hecho si bien o mal pero me puso, me dio la voz de alerta ante cada página. Me decía: – “Ojo que don Bernardo te vigila, a ver qué ponés, a ver qué te atreves a escribir”. Fue una lección, yo lo reconocí siempre, y ahora lo recuerdo con cariño.

(E): Si volvemos la mirada a Gualeguay, los lugares, los espacios de sus cuentos, de sus novelas, por ejemplo...

(JJM): Están ahí, en media hectárea de terreno, ahí nomás.

(E): ...en “Charito” usted habla del “Cuerno Dorado” en referencia a la “Guampa de Oro” ¿verdad?

(JJM): Sí, no me acuerdo cómo se llamaba pero en el frontispicio de la casa había un cuerno pintado de dorado, era un prostíbulo, bah. Tengo mala memoria...

(E): Usted acaba de decir que tiene mala memoria pero sin embargo, las descripciones de los lugares: de Puerto Ruiz; del tren que iba a Puerto Ruiz; del lugar en donde estaban enclavadas las tierras blancas, del Club Social.

(JJM): Bueno sí, de eso me acuerdo. No sé, a veces me acuerdo, a veces no me acuerdo, de algunas cosas no me acuerdo.

(E): Hace tantos años que usted se fue...

(JJM): Yo creo que es mi memoria un poco selectiva. La memoria en general de los hombres es selectiva, salvo la del hombre memorioso que tiene esa memoria milagrosa yo diría ¿no? Además un escritor tiene que tener buena memoria sino cómo las palabras, cómo, no vienen solas las palabras, las palabras se han ido depositando y depositando con el correr de los años y no hay un depósito visible, está la memoria, es una entelequia.

(E): Por supuesto que sí. Le voy a preguntar por *Las tierras blancas*. Odiseo y sus amigos iban a la escuela en la que daba clases su mamá o por lo menos los personajes que los inspiraron.

(JJM): Uno de los chicos... no había ninguno que se llamara Odiseo.

(E): ¿Le dolía la vida de la gente de ese lugar?

(JJM): ¿La vida de los...?

(E): De los habitantes de las tierras blancas.

(JJM): Claro, aunque yo compartía muchas cosas porque mis amigos eran... procedían de allí, los amiguitos, los chicos que iban a la escuela. Bueno, sí, yo entendía eso, no sé si terminaba por dolerme sino por no comprender. Esa anécdota de un chico de las tierras blancas que con diez centavos, con una moneda compraba galleta, yo compraba caramelos con el mismo dinero, prefería los caramelos y yo... Bueno... ¿Y por qué compras galletas? ¿Y por qué...? Y bueno, yo sabía eso, chocaba contra mí, pero yo no tenía un sentimiento de “ay, pobrecito”, eso no, no entendía eso.

(E): ¿Y ahora lo entiende?

(JJM): Y ahora lo entendí, claro, después lo entendí, por supuesto. Porque eran chicos que tenían hambre, no apetito, esto es muy importante. El apetito es el deseo momentáneo de comer, el hambre es... -y se satisface-, el hambre no se satisface nunca, esa es la diferencia. El chico come pero no tiene seguridad de que va a volver a comer ¿entiende? Entonces la angustia que conlleva el hambre no la calma ningún alimento. Por eso diferencio hambre con apetito.

Luego de una breve pausa continuamos la conversación. Le pide a su esposa que me sirva un whisky, son las 14 hs., estamos en ayunas.

(E): ¿Qué piensa de la literatura?

(JJM): Qué pienso... Escúcheme, es mi oficio. Eso pienso, que es mi oficio, que es para lo que... que es lo que yo quise hacer en la vida, y está bien, y bueno, vinculada a mí de mil maneras: como autor, como lector, como admirador de personas, de autores a los que he podido conocer.

(E): ¿Y de nosotros, los que estudiamos literatura?

(JJM): Me parece que son personas útiles a veces, y también animadas por alguna vocación. Supongo que tal vez usted va a escribir alguna vez ¿o no?

(E): Espero (se ríe).

(JJM): Entonces va a hacer ¿qué va a hacer?, ¿qué va a escribir?

(E): Una tesis de posgrado sobre su obra.

(JJM): Supongo que... una tesis, mire usted. Yo nunca escribí una tesis. ¿Una tesis sobre qué?

(E): Bueno, sobre su narrativa...

(JJM): Ah, pensé que también escribía ficción por ejemplo. Seguramente tiene algunas cosas escondidas.

(E): Sí, todos tenemos cosas escondidas (se ríe).

(JJM): Bueno, cuénteme ahora usted.

(E): No... se lo cuento después (se ríe). Y de que yo estudie su obra, ¿qué piensa?

(JJM): Y bueno, ahora que la veo, me encanta que sea usted.

(E): ¿Por qué?

(JJM): Físicamente. Porque es una persona agradable, muy bella físicamente, eso es importante. Además me parece una mujer inteligente.

(E): ¿Y en general, antes de verme, qué pensaba?

(JJM): Me la imaginaba. Creía que era rubia con más cara de judía.

(E): ¿No tengo cara de judía?

(JJM): Porque los judíos en la Argentina son rubios, en Alemania es al revés... Bueno una tesis, ¡qué honor!

(E): ¿Qué pensó cuando hablamos por teléfono y le dije que estaba estudiando su obra para escribir mi tesis?

(JJM): Sí, me llamó la atención porque no mucha gente se ha ocupado de mí, no he sido un *bestseller*.

(E): Justamente. No necesariamente los *bestseller* son los mejores.

(JJM): Le mentiría si le dijera que no me agradó y que no me puso un poco más ancho de lo que soy. (Se ríen) Sí, sí, sí. Soy un ser humano como cualquier otro y esas co... los halagos me halagan.

(E): Bueno, a mí me halaga que usted me haya recibido.

(JJM): ¡Por Dios! ¿Cómo no la voy a recibir?

(E): Pero imagínese, estoy estudiando su obra y estoy acá hablando con usted. Muy pocas personas tenemos el privilegio de hablar con quien escribió la obra que estudiamos, eso es un honor.

(E): Una pregunta más, ¿qué piensa del hecho de que su obra se haya leído en clave realista?

(JJM): ¿Qué podría ser la literatura si no fuese realista? Hasta los sueños forman parte de la realidad.

La entrevista continúa en un clima hermoso hasta que nos despedimos a las 16 hs. con un abrazo y prometiendo vernos en poco tiempo.

El reencuentro se produjo muchas veces, durante ese año y los subsiguientes.

Por ejemplo, el 14 de diciembre de 2009, almorzamos juntos y solos para celebrar su nonagésimo cumpleaños. Ese día, por la noche, tuve el privilegio de acompañarlo junto a su esposa a recibir el Fondo Nacional de las Artes a la Trayectoria Literaria.

Para mí felicidad seguimos encontrándonos regularmente y comunicándonos en forma semanal hasta su muerte.

Sigo extrañando al amigo.